

Cómo hacer cosas con palabras polisémicas: El uso de la ambigüedad en el lenguaje ordinario

BRIGITTE NERLICH / PEDRO J. CHAMIZO DOMÍNGUEZ
University of Nottingham / Universidad de Málaga

«Un suffisant lecteur découvre souvent ès écrits d'autrui
des perfections autres que celles que l'auteur y a mises et aperçues,
et y preste des sens et des visages plus riches»
Montaigne, *Essais*, I, XXIV

RESUMEN

Se asume normalmente que, en las conversaciones ordinarias, los hablantes evitan los significados múltiples y que los oyentes desambiguan automáticamente las preferencias en función del contexto. En contraste, nosotros queremos hacer ver que la gente explota activamente la polisemia en la conversación a fin de establecer y consolidar los lazos sociales entre los hablantes. Y esto también consolida, a la larga, el sistema compartido de significados. Nuestra investigación sobre el uso pragmático de la polisemia contrasta con la investigación tradicional sobre la polisemia, que se ha centrado en oraciones artificiales tomadas fuera de contexto. En vez de estudiar esta «polisemia muerta», nosotros queremos estudiar la «polisemia viva», y en la medida en que es creada y explotada en la interacción lingüística.

PALABRAS CLAVE

AMBIGÜEDAD—CHISTE—METÁFORA—POLISEMIA

ABSTRACT

It is normally assumed that in ordinary discourse speakers avoid multiple meanings and hearers disambiguate utterances automatically in context. We want to show by contrast that people actively exploit polysemy in conversation so as to establish and strengthen social bonds between speakers. In the long run this also strengthens the shared system of meanings. Our research into the pragmatic use of polysemy contrasts with traditional research into polysemy which has focused on artificial sentences taken out of context. Instead of studying this 'dead polysemy' we want to study 'live polysemy', as it is created and exploited in linguistic interaction.

KEYWORDS

AMBIGUITY—JOKE—METAPHOR—POLYSEMY

1. PUESTA EN ESCENA

CUANDO COMENZAMOS A PENSAR EN ESTE ASUNTO, se estaban haciendo obras en el departamento de Brigitte y las puertas de los despachos estaban abiertas con objeto de que se aireasen las habitaciones. Lo que se oyó durante aquellos días nos trajo a domicilio muy buenos ejemplos de lo mucho que la gente juega con los significados múltiples en el transcurso de sus interacciones lingüísticas diarias y lo mucho que estas interacciones lingüísticas están estructuradas en un casi ritualizado juego de múltiples significados.

[1] Cuando los electricistas estaban poniendo la nueva instalación eléctrica en el pasillo, abrieron el interruptor para comprobar el funcionamiento de la instalación y ambos exclamaron al instante: «¡Veo la luz!»¹.

[2] Cuando los enmoquetadores fueron a cepillar la puerta del despacho de Brigitte y estaban a punto de descolgarla, ella se percató de que se había dejado el abrigo y el bolso en el perchero y les dijo: «¿Tengo que sacarme las ropas?»². Lo que un currante aprovechó para, fingiéndose sorprendido, añadir: «No me podía imaginar que estas cosas se hiciesen en la universidad». Con lo que se provocó la hilaridad general. Pero Brigitte no fue la única en caer en una trampa semántica ese día, el director del departamento también cayó en otra.

[3] Después de escuchar el informe del administrador sobre la necesidad de reacondicionar los lavabos, el director del departamento dijo: «Cualquier movimiento en esta habitación será bien recibido». De nuevo siguieron risas generalizadas.

[4] Y, cuando salió del departamento, Brigitte vio un camión de mudanzas aparcado fuera con una leyenda que decía: «¡Mudaremos el mundo para ti!»³. Y la furgoneta de unos calefactores que proclamaba: «¡XYZ –somos los celosos más calientes!»⁴.

Pero estas cosas no pasan sólo en el departamento de Brigitte. En el departamento de Pedro se sucedieron algunos casos parecidos por las mismas fechas.

[5] Cuando Pedro estaba contándole a su compañero José Luis del Barco la posibilidad de que le publicasen un nuevo libro, José Luis le comentó: «Bien, en ese caso, enhorabuena... a la editorial».

1 Sobre la función cognitiva de la metáfora de la luz y otras metáforas corporales, ver (Chamizo 1998, pp. 109-118).

2 La frase original de Brigitte fue: "Shall I take my clothes off?".

3 "We'll move the world for you!", originalmente.

4) "XYZ - the hottest name in heating!", originalmente.

[6] Y, cuando Pedro dio de mano ese día y salía para su casa, observó que se había convocado en la facultad una conferencia con el título de «No dejes la lengua (española) en paz» (19-XI-1998).

Pues bien, aunque todos estos ejemplos sean efímeros y pasen casi desapercibidos, son casos bastante claros de polisemias y ambigüedades en el uso ordinario del lenguaje. Algunos de ellos son espontáneos e intencionados, otros son espontáneos y no intencionados (a los que llamaremos 'caídas en trampas semánticas') y, finalmente, otros no son ni espontáneos ni intencionados, como los usados en los anuncios y en las comedias de situación.

II. ESTADO DE LA CUESTIÓN

La polisemia (como fenómeno léxico) es un tema que está en el candelero actualmente en la lingüística cognitiva y computacional (ver Pustejovsky 1995; Nerlich, *et al*, en prensa). Por su parte, la ambigüedad (en cuanto fenómeno del enunciado) ha estado en el candelero durante bastante tiempo en psicolingüística (reconocimiento de las palabras, tareas de decisión léxica, etc.). Todas estas aproximaciones a la polisemia y a la ambigüedad trabajan considerando la polisemia como un fenómeno del diccionario o con ejemplos imaginarios de ambiguas preferencias aisladas; esto es, con lo que podríamos llamar «polisemia artificial» o «polisemia muerta». Nosotros, por el contrario, queremos estudiar la «polisemia viva» y en la medida en que es creada y explotada en la interacción lingüística. De hecho, nos hemos propuesto contestarnos preguntas tales como: ¿Cómo usan las gentes las palabras polisémicas en su interacción lingüística diaria? ¿Cómo toman conciencia de la existencia de significados múltiples? y ¿Los usan para conseguir determinados efectos retóricos, comunicativos y sociales?

Se acepta generalmente que, en el habla cotidiana, nos resistimos a la multiplicación de los significados, nos adherimos al principio de convencionalidad⁵ y guardamos el principio «una forma – un significado». Todo esto vale para las más de las formas corrientes y rutinarias de intercambio de información. No obstante, incluso aquí, los hablantes no tienen más reme-

5 Siguiendo a Lehrer, hay dos principios relacionados de convencionalidad: (1) «Si una palabra existe ya para expresar un significado, úsala; no uses o construyas otra.» (2) «Si una palabra lexicaliza un significado (concepto), no la uses para significar otro distinto, incluso cuando ese significado pudiera amoldarse al paradigma del lenguaje.» (Lehrer 1990, p. 210). No obstante, ella aclara que «se puede, desde luego, hacer caso omiso a estos principios cuando hay una buena razón para hacerlo. Por ejemplo, por diversión literaria, para impresionar o simplemente no ser convencional» (*ibidem*). «Cuando se viola un principio de convencionalidad, el oyente, además de tener en cuenta el significado de las palabras, debe desentrañar igualmente lo que se está implicando al escoger lo no convencional, si hay algo implicado» (*ibidem*).

dio que poner en sus preferencias mucho más de lo que es obvio en la superficie del enunciado; y los oyentes, generalmente, sacan mucho más que lo que se les presenta en la superficie.

Normalmente, esta inversión y realización de una igual «plusvalía» significativa (basadas en el establecimiento de «polisemias», de implicaturas conversacionales o en una mezcla de ambas) permanece desapercibida, porque esta plusvalía es incongruente con las formas superficiales que insinúa y con el contexto en que se usa. Este despliegue contextual normal de lo que se implica (lo que significa) en una preferencia usada en el contexto, pero que no «dice», se ha estudiado en un marco griceano, recurriendo para ello a nociones tales como las de implicatura conversacional y significado del hablante (ver Mey 1993, p. 98).

Hay, no obstante, casos donde la multiplicidad inherente de significados es traída por sí misma a la superficie y expuesta en nuestras interacciones conversacionales diarias. Ello ocurre cuando desafiamos el «principio de convencionalidad» mediante la introducción de incongruencias y disonancias. Este uso corriente de la polisemia ha sido dejado en el banquillo lo mismo por Grice que por Sperber y Wilson. Aunque Grice dio a entender en sus escritos (Grice 1975) que las «implicaturas» son un fenómeno cotidiano, también subrayó que la ambigüedad, la ironía, etc. son violaciones de la «norma» comunicativa. Incluso que son esta «violación» y esta «burla» de las máximas conversacionales las que dan lugar a conversaciones «interesantes», las que hacen que las gentes entablen conversaciones y disfruten de ellas. La submáxima griceana de claridad, parte de su máxima de modo, debería ser completada, pues, con la máxima de «brillantez». Así, mientras que la máxima griceana tendría un efecto homogeneizador en el lenguaje y la comunicación, la segunda tendría un efecto heterogeneizador.

El hecho de que sea más costoso procesar las preferencias «brillantes» e interesantes que las «claras» es el precio que tenemos que pagar para que la comunicación y el lenguaje vayan progresando. Sperber y Wilson pretendieron que «the sooner disambiguation and reference assignment are achieved, the less processing effort will be required. The greater the number of possible interpretations that have to be borne in mind as the utterance proceeds, the greater the processing effort. It follows that a speaker aiming at optimal relevance should phrase her utterance so as to facilitate early –and correct– disambiguation.» (Sperber y Wilson 1986, p. 204). Y lo mismo los teóricos de la relevancia que los psicolingüistas tienden a reducir la ambigüedad a un asunto puramente semántico y a pretender que, con la ayuda del principio de relevancia, desambiguamos las piezas léxicas automáticamente cuando se dan en un entorno cognitivo apropiado (ver Mey 1993: 81). Esta teoría de la comunicación es principalmente una teoría cognitiva, que dice muy poco sobre la interacción comunicativa real tal y como sucede en nuestra sociedad (*ibidem*;

ver también Giora 1997b). Más aún, aquí es donde uno puede observar lo mucho que a las gentes les gustan los malabarismos lingüísticos y las ambigüedades, pues les preocupa menos la eficacia comunicativa que los «efectos» pragmáticos que quieren conseguir.

Un supuesto parejo en la investigación de la polisemia es el que mantiene que las palabras, *aisladamente*, pueden tener más de un significado, pero que las palabras, *en su contexto*, tienen siempre un único significado específico. Se piensa que, como conocedores del lenguaje, «we aim at *specifying meaning*, at selecting, out of the many possible interpretations, one interpretation that coheres with our background default assumptions and other contextual considerations» (Kittay 1987, p. 80). De acuerdo con este punto de vista, el hablante tiene la intención de que las palabras tengan un significado y el oyente «desambigua» automáticamente las palabras polisémicas en función del contexto. Y lo que ponemos en duda en este artículo es el supuesto de que la comunicación esté dirigida a reducir los significados múltiples.

Se puede observar frecuentemente que un hablante pretende que una palabra tenga múltiples significados en un contexto y que el oyente advierta que la palabra en cuestión tiene más de un significado. A esto es a lo que la misma Kittay llama «ambigüedad intencionada» (*ibid.*). El oyente entenderá o no la multiplicidad de significados propuestos; y, en caso negativo, la preferencia «polisémica», que puede ser un chiste o no, desaparece por sí misma. Por otra parte, el oyente puede «oír» o leer más significados en la preferencia que los que el hablante ha pretendido. A esto es a lo que llamamos «caer en trampas semánticas», cosa que tendrá un efecto humorístico las más de las veces. En el primer caso el contenido semántico de la preferencia es bastante profundo, tiene varias «capas», aunque las inferencias del oyente se queden en la superficie; en el segundo caso, por su parte, las inferencias del oyente llegan a más profundidad que las intenciones semánticas del hablante. Y la profundidad inferencial en la que se sumerjan los interlocutores depende lo mismo de la multiplicidad de significados disponibles que de la situación y la función de la interacción.

Estas construcciones y destrucciones de (múltiples) significados compartidos en la conversación no sólo tienen la función de mantener vivos los significados y las conversaciones; a la larga también contribuyen a estabilizar los cambios diacrónicos en la polisemia de las palabras, resaltando algunos significados y ensombreciendo otros (ver Sweetser 1990; Lee 1990). Y ello no interesa sólo a los redactores de diccionarios históricos o a los estudiosos de la semántica diacrónica. Los propios hablantes suelen ser conscientes de este carácter cambiante de las palabras que usan, pues conocen bastante bien «las ambigüedades en las que viven», su carácter sincrónico y sus cambios diacrónicos.

Desde que Bill Clinton confesó eufemísticamente que había tenido «una relación inapropiada» con la señorita Lewinski, esta frase se ha hecho «apropiada» no sólo para cualquier relación inapropiada, sino para la «relación sexual» en particular. Igualmente, cuando alguien dijo de sí mismo que «había sido económico con la verdad» en lugar de que «había mentado», la expresión adquirió una cierta difusión. Podríamos decir de estas polisemias que son efímeras y superficiales y que vienen y van al albur de las circunstancias culturales, sociales y políticas; pero hay también muchos cambios profundos en la polisemia de las palabras que afectan de lleno al sistema de la lengua. Y un caso paradigmático de ello puede ser el de los eufemismos. Un eufemismo, además de la función obvia de sustituir a la palabra tabú o malsonante, debe ser, a fuer de polisémico, ambiguo; esto es, debe ser susceptible de recibir un significado literal y otro translaticio a la vez. Justamente cuando el significado eufemístico de un término se lexicaliza, la palabra en cuestión se convierte en tabú o indecorosa y debe ser sustituida por otra distinta si queremos seguir siendo eufemísticos, debiendo ser esta otra palabra ambigua también (ver Chamizo 1995). Así, si las palabras *Negro* o *Black* se han convertido en inapropiadas y políticamente incorrectas en inglés, y han tenido que ser sustituidas por otras como *Afro-American*, es justamente porque su significado peyorativo se ha lexicalizado. Por el contrario, si *AfroAmerican* puede funcionar como una palabra políticamente correcta, es porque es polisémica y ambigua, y podría utilizarse para referirse lo mismo a un negro que a un beréber o a un afrikáner emigrados a EEUU.

Resumiendo. Lo que se ha pasado por alto hasta ahora en la investigación sobre la polisemia es que (sea ésta sincrónica o diacrónica) la polisemia está muy viva y puede estudiarse en su hábitat natural, que no es otro que el lenguaje corriente y el discurrir de la conversación. Y lo que queremos estudiar en este trabajo son esos aspectos olvidados de la polisemia o, lo que es lo mismo, la «pragmática de la polisemia». Y, para estudiar la polisemia *in situ* hay que centrarse lo mismo en los *mecanismos cognitivos* que estructuran la producción y comprensión del habla que en los *factores sociales* que subyacen a la dinámica de la conversación y producen el significado compartido. Por eso no estudiamos la polisemia como un mero fenómeno del diccionario, ni como un fenómeno puramente cognitivo. Mientras que lingüistas como James Pustejovsky (1995) han puesto de relieve las reglas «generativas» (cognitivas) que subyacen a la «polemización» de las palabras, nosotros nos centraremos aquí en la generación del significado social mediante la regeneración de viejas «polisemias» con nuevas intenciones en su mayor parte, incluyendo en ello metáforas muertas, modismos y expresiones rutinarias.

III. CONGRUENCIAS E INCONGRUENCIAS

Durante mucho tiempo los lingüistas han estado estudiando en pragmática los tipos de significado que van más allá del significado convencional de las palabras. Desde Austin (1962) sabemos que toda oración tiene un significado y una fuerza ilocucionaria. Desde Grice (1975) conocemos la diferencia entre el significado de la oración y el significado del hablante. El significado de la oración se considera como constituido fuera del contexto, el significado convencional de las propias palabras y el significado del hablante se consideran como los que el hablante quiere transmitir al oyente con el uso de esas palabras. Así, cuando un hablante usa una oración en un contexto dado, siempre significa *más* de lo que dice, o, por decirlo con otras palabras, «what a speaker means by any utterance U is not exhausted by the meaning of the linguistic form uttered» (Levinson 1983, p. 18).

Y, como observó el filósofo escocés del sentido común Dugald Stewart hace casi 150 años, no es posible realmente hacerlo de otra manera. La «comunicación» no es una transferencia inocente y fuera de contexto de pensamientos desde una cabeza a otra, sino que se apoya en lo que hemos llamado «plusvalía de significado»: «We speak of *communicating*, by means of words, our ideas and our feelings to others; and we seldom reflect sufficiently on the latitude with which this metaphorical phrase ought to be understood. Even in conversing on the plainest and most familiar subjects, however full and circumstantial our statements may be, the words which we employ, if examined with accuracy, will be found to do nothing more than to suggest *hints* to our hearers, leaving by far the principle part of the process of interpretation to be performed by the Mind itself» (Stewart 1810, p. 208).

En la mayoría de los casos el oyente puede entender lo que el hablante quiere decirle contando con una red de claves contextuales y cognitivas. Y normalmente lo «añadido» que el hablante quiere transmitir, cuando enuncia una oración, es congruente o está en consonancia con el significado de la oración *qua* significado de la oración. Cuando digo «Va a llover» y quiero decir «No podemos salir a pasear», la relación entre lo dicho y su significado es una relación que está en consonancia (ver Dews y Winner 1997, p. 379). Incluso hay oraciones en las que se da la incongruencia o la disonancia. Esto es comúnmente conocido en los ejemplos de actos de habla indirectos, como en el clásico «¿Puedes pasarme la sal?», en cuyo caso la forma y la función comunicativa se han hecho congruentes con el tiempo y la incongruencia inicial ha desaparecido.

No obstante, mientras que los pragmáticos han prestado atención a la multiplicidad de significados que surgen de las implicaturas, han mantenido hasta ahora que la «ambigüedad», en cuanto basada en la multiplicidad con-

vencional de sentidos de una forma lingüística, es puramente un fenómeno semántico, que afecta al significado lingüístico más que al significado del hablante. Hay sentidos intencionados y no intencionados, relevantes e irrelevantes, y la ambigüedad deliberada se descarta como irrelevante (ver Bach 1998, p. 199a). Nosotros, por el contrario, mantenemos que el uso intencionado, o el abuso intencionado, de sentidos irrelevantes tienen funciones pragmáticas específicas en la interacción lingüística. Para ello examinaremos a continuación cuatro usos de incongruencia pragmáticamente relevantes que surgen de la multiplicidad de los significados: ironía, eufemismo, chistes y dobles sentidos explícitos de los enunciados.

El primer ejemplo lo tomamos de Dews y Winner (1997). Hay disonancia cuando alguien dice irónicamente de un mal taxista «Me encantan los taxistas que señalizan». Al usar esta oración, el hablante quiere decir lo que dice, pero también quiere decir algo más, a saber, quiere reprochar al taxista el que *no* señalice. Dews y Winner dicen que «in literal language, the literal meaning is accepted, and the listener makes further inferences, ones that are consonant with the literal meaning. In nonliteral language, the literal meaning is rejected and the listener makes further inferences, ones that are dissonant with the rejected meaning» (p. 379). Y más aún, como su propio ejemplo muestra, sería realmente contraproducente rechazar el significado de la oración para entender su intención irónica (el reproche). De hecho, debemos tener en la mente lo mismo el significado de la oración que el significado del hablante para «coger» la intención en ese contexto. A veces, no obstante, el contexto es tan apremiante y el uso irónico de una frase tan claro que el oyente capta una ironía donde no se buscaba, como cuando David (el marido de Brigitte) le dijo:

[7] «Hoy voy a dar el primer seminario para primer curso. Estoy encantado». A lo que Brigitte le replicó: «Pobrecillo». Lo que aclaró David cuando añadió: «No lo digo con ironía, de verdad que me encanta».

Con respecto al uso del lenguaje metafórico se podría argumentar que difiere del irónico en que no tenemos que rechazar un significado a favor de otro. Cuando alguien dice «Sus palabras eran cuchillas afiladas», tendríamos que rechazar el significado de «afilado físico» para entender que el hablante está refiriéndose a un fenómeno psicológico. No obstante, se podría argumentar también de nuevo que es mejor mantener ambos significados en mente, mantener viva la incongruencia y jugar con el doble sentido de esta oración para entender lo que es el individuo aludido (ver Chamizo, 1998).

Quizás el ejemplo más obvio en que la explotación de una incongruencia es vital sea el lenguaje del humor, como en el conocido chiste sobre el general Custer y su explorador:

[8] Cuando cabalgaba el general Custer por la pradera norteamericana con su caballería, llega un explorador jadeante y le dice: «¡Mi general, mi general, detrás de las colinas hay cien mil un indios!». «¿Y cómo sabes que hay cien mil un indios?» –le pregunta el general. «Porque he visto uno delante y unos cien mil detrás» –contesta el explorador. «Bien», –le vuelve a preguntar el general– «¿y sabes si son amigos o enemigos?». «Deben ser amigos» –termina el explorador– «porque vienen todos juntos».

Este chiste tiene dos partes bien diferenciadas. En la primera el chiste funciona porque la hipérbole del explorador es interpretada literalmente por el general y el explorador debe explicitar a continuación que está hablando hiperbólicamente. En la segunda parte se juega con la relevancia, para la caballería yanqui, de la información. Y el efecto humorístico se consigue porque, obviamente, lo que es relevante para el general no es que los indios sean o no amigos entre sí, sino el que sean amigos o enemigos de los yanquis. Ello hace que, para que este tipo de chistes funcione, es necesario que sean susceptibles de una doble lectura (sobre la resolución incongruente de los chistes, ver McGhee 1979; Giora 1991; Nerlich, Todd & Clarke 1998).

Y un caso en que la doble lectura es ineludible es cuando se hace un uso eufemístico de los términos, como en el caso de otro conocido chiste:

[9] Dos amigos de la infancia se encuentran tras muchos años sin verse y comienzan a contarse sus vidas. A esto que uno de ellos le dice a otro: «¿Sabes que tengo un hijo invertido?» «¿Y a qué tanto por ciento?» –se interesa su interlocutor.

Y esto no pasa solamente cuando los chistes son intencionados y el discuir de la conversación está escorado hacia ellos. También ocurre cuando una ambigüedad no intencionada se explota de forma humorística. En estos casos, a veces, se pueden evitar situaciones sumamente enojosas o violentas.⁶ A título de ejemplo de esto último citaremos un caso que fue famoso durante la transición española a la democracia. Cuando, tras su exilio parisino, Santiago Carrillo volvió a España, los fachas llenaron las tapias de España con pintadas que decían:

6 Considérese a este respecto, en el siguiente chiste latino, cómo se resuelve una situación potencialmente violenta mediante la explotación de una polisemia. Cuando estaban conversando un jesuita y un dominico, el jesuita, con la pretensión de ofenderlo, le espetó al dominico (quien era pelirrojo): "Rubicundus erat Judas". A lo que el dominico respondió: "Sed erat Societatis Jesu".

[10] «Vamos a matar al cerdo de Carrillo».

Obviamente, estas pintadas no podían tener más que efectos negativos y desagradables; pues se trataba nada menos que de una amenaza de muerte. Pues bien, los anarquistas, que siempre han gozado de mejor sentido del humor que los fascistas, consiguieron explotar humorísticamente la amenaza de [10] añadiéndole:

[11] «Ten cuidado, Carrillo, los fachas te quieren matar el cerdo».

Finalmente, haremos referencia a los dobles sentidos explícitos de los enunciados. Cuando se cambia alguna palabra en locuciones que tienen ya una implicatura generalizada, el efecto que se consigue es justamente que los oyentes capten los dos significados a la vez, el de la implicatura generalizada y el nuevo significado que se da a la locución con el cambio de algún término. Un ejemplo de esto lo proporcionó recientemente *La semana del guiñol* (1XI-1998) cuando Clinton (en el papel de Gila) aconsejaba a Sadam Hussein:

[12] «Sadam, te lo tengo dicho, donde tengas la olla no metas el *misil*».

En este tipo de casos, la palabra usada en lugar de la esperada funciona como un 'mojón' que subraya el efecto jocoso, le inyecta subjetividad y le comunica al lector que debe adoptar una determinada actitud hacia ella (ver Powell 1992, p. 347).

V. PROCESAMIENTO DE SIGNIFICADOS MÚLTIPLES

Rachel Giora, en un trabajo reciente, ha hecho alguna luz sobre la cuestión del reemplazo de dos dicotomías contemporáneas (la de lo literal/metafórico y la de lo semántico/pragmático) mediante su teoría del resalte codificado (Giora 1997a). En particular, ha centrado su atención en el uso irónico y metafórico del lenguaje; y, en un artículo de próxima aparición sobre la comprensión de la ironía, ofrece el siguiente ejemplo:

[13] Iddo y Omri (hablantes nativos de hebreo y de 7 y 8 años) están jugando juntos. Iddo se saca un vaso de zumo del frigorífico.

Omri: «Yo también quiero beber».

Mira (la madre de Iddo): «Iddo, *totci lo et ha-mitc*» («Saca zumo para él»).

Iddo (riendo): «Ha! ha! *le-hotci lo et ha-mitc*» («Sacar/exprimir el zumo de él») [modismo que en hebreo significa «volverlo a uno loco poniéndolo en toda clase de apuros»].

Este ejemplo ilustra cómo los hablantes, incluso los niños más pequeños, hacen uso de lo que está disponible para ellos sin tener en cuenta la información contextual o la intención del hablante. Aunque el significado intencionado de la proferencia de Mira no era su significado como modismo, ni era incompatible con el contexto, ni su hijo lo ignoró, la información contextual no inhibió su activación. De modo que Giora se pregunta «¿Por qué deberían activarse significados contextualmente incompatibles e infiltrar el intercambio lingüístico en curso? ¿Por qué no bloquea el contexto los significados no intencionados?» (Giora, en prensa). La respuesta a esta cuestión se puede hallar en la hipótesis del resalte codificado: «According to the graded salience hypothesis, salient (i.e., coded) meanings of words or expressions (whose degree of salience is affected by e.g., frequency, familiarity, conventionality) and salient (e.g., frequent) structures should always be accessed and always, first, regardless of contextual bias or speaker's intent. According to the graded salience hypothesis, direct process should apply when salient information is intended, e.g., when salient information is compatible with contextual information. Sequential process should be induced when less salient meanings are intended (e.g., the literal meaning of conventional idioms). On such occasions, salient meanings would not be bypassed; Rather, they would be activated first, rejected as the indeed meaning and reinterpreted in consistency with the Principle of Relevance» (Giora 1998, p. 85).

Así pues, el significado que se activa en primer lugar no es siempre el «literal», ni tampoco el significado intencionado, sino el más codificado (ver ejemplos [7] y [13]). Y esto vale para las proferencias irónicas en que las pequeñas ironías familiares (v.g.: «¡Qué buen día de campo!» para un día tormentoso) activan antes el significado codificado, aunque contextualmente incompatible con el literal ('bonito'), que el significado menos codificado compatible con el irónico ('pésimo'). En contraste, en el procesamiento de las ironías familiares (v.g.: 'chico listo') en las que lo mismo está codificado el significado literal que el irónico, *ambos* activan inicialmente sus significados: el literal incompatible contextualmente y el irónico contextual compatible. El procesamiento de las pequeñas ironías familiares en un contexto literalmente escorado activa *sólo* su significado relevante codificado y compatible textualmente, mientras que el procesamiento de las pequeñas ironías familiares en un contexto literalmente no escorado activa *igualmente* lo mismo el significado literal compatible contextualmente que el significado irónico incompatible contextualmente. Y ello porque ambos significados son relevantes (ver Giora and Fein, en prensa). Y lo codificado no sólo tiene una función de cara a la comprensión, sino que también influye en el propio proceso de la conversación, como significados codificados que no se han desactivado porque cumplen algún papel en la construcción de significados que, al ser construidos

corrientemente, los participantes en el intercambio lingüístico pueden volver a usar fácilmente en frases especiales (Giora, en prensa). Examinaremos a continuación cuáles son los beneficios comunicativos que podemos cosechar, mediante la retención en la memoria a corto plazo durante algún tiempo, de los significados relevantes de las palabras polisémicas.

VI. PRAGMÁTICA DE LA POLISEMIA

David Cooper escribió, en 1986, lo siguiente sobre la metáfora: «The place of metaphorical talk within social and personal relationships has been badly ignored in the literature. In former times, neglect was due to the concentration on metaphor as a poetic device [...]. Latterly, neglect has been due in part to the emphasis on metaphors as cognitive tools, and in part to the habit of squeezing discussion of the impact of utterances upon people under the heading of 'speech act theory'. Since metaphorical utterances do not constitute a kind of speech act, they then get left out in the cold.» (Cooper 1986, p. 152). Pues bien, lo mismo se puede decir hoy en día de la polisemia. Y, a fin de comprender las funciones comunicativas de la metáfora y de la polisemia, nos será de ayuda echar un vistazo a algunas añejas teorías funcionales del lenguaje.

Entre 1886 y 1927 el psicólogo francés Frédéric Paulhan desarrolló una teoría pragmática del significado y una teoría funcional del lenguaje similares a las desarrolladas por Bühler y Jakobson. De acuerdo con Paulhan, el lenguaje tendría tres funciones: simbólica, práctica y sugeridora (Paulhan 1886, 1927). Paulhan señaló que cada función del lenguaje juega un papel específico en la sociedad. Como sistema de signos el lenguaje establece un universo espiritual unificado para una comunidad lingüística, simboliza la misma realidad para todos, la estructura y conforma el pensamiento. Como medio de acción puede crear nuevas realidades (ver Paulhan 1927, p. 30) y modificar la relación entre hablante y oyente y el mundo sobre el que hablan. Y, por último, en su forma sugeridora, el lenguaje crea nuevos pensamientos. Los signos no sólo son sustitutos de los objetos reales o representaciones de los pensamientos, sino pretextos para inventar, crear nuevas ideas, imágenes desconocidas y experimentar impresiones novedosas. En fin, podemos crear mundos posibles e imaginarios a través del lenguaje.

A esto último es a lo que Roman Jakobson llamó la «función poética del lenguaje». Y una de las principales características del uso de la función poética del lenguaje, en el más amplio sentido del término, es el uso de lo que Kittay llama «ambigüedad intencionada», que comprende el uso de la ironía, la metáfora, las dobles lecturas intencionadas y otros usos de la polisemia. Kittay señala al respecto que en la mayor parte de nuestras conversaciones «intentamos evitar la ambigüedad abierta», aunque hay, no obstante, ocasiones en las que la usamos para ciertos fines: «In rhetorical modes such as advertising and political

slogans, ambiguity is exploited for its attentiondrawing quality. [...] An utterance in which a single meaning cannot be specified [...] draws attention to itself and thereby captures our attention.» (Kittay 1987, p. 80).

Este uso calculado de la ambigüedad requiere ciertos talentos lingüísticos y metalingüísticos, y, de hecho, «must work against a basic strategy we employ in understanding language: to interpret the linguistic utterance and its contextual setting so that we can arrive at a specified meaning» (*ibid.*). Aunque «strategy for specifying meaning is not easily thwarted», la adquisición de la habilidad para hacerlo así con propósitos comunicativos tiene una buena recompensa social: «Skill in purposive ambiguity can lend its purposes to potent ends: the increase of wealth, the acquisition of political power, the enjoyment and enhancement of art. We remark that advertisementwriters are richly rewarded; political speech- and slogan-writers much sought after; and literary writers, when successful, highly esteemed» (*ibid.*). Esta función de llamar la atención es más obvia en el lenguaje de los anuncios, como en el ejemplo [4], donde se llama la atención del cliente potencial de ese mensaje por el doble sentido de 'celos' y 'calientes', usados en sus sentidos literales codificados y en sus sentidos metafóricos⁷.

Igualmente, esta función de llamar la atención con significados múltiples ocurre muy a menudo en los titulares de los periódicos y en los títulos de los libros. Obviamente, cuando un antiguo presidente del Real Madrid tituló un libro suyo como

[14] «Dos pelotas y un balón»,

estaba explotando polisémicamente la palabra 'pelotas'. Y del mismo modo, cuando Christine Deviers-Joncour, la amante del político francés Robert Dumas, ha publicado recientemente un libro titulado

[15] «La putain de la République» (ver *El País*, 1-IX-1998, p. 10),

ha utilizado esa frase ambigua para significar a la vez,

7 A veces la ambigüedad no es buscada y los autores caen en sus trampas. Esto le puede pasar incluso al escritor más experimentado, como prueba el siguiente texto de Antonio Muñoz Molina en el que hace referencia a un conocido político nacionalista: «Como este señor del que no se sabe que tenga otro don que el de hablar en titulares alarmantes con la misma naturalidad con que hablaba en prosa el bruto enriquecido de Molière» («El hombre titular», en *El país semanal*, 19 de julio de 1998, p. 94); donde el lector puede interpretar que 'el bruto enriquecido' era el propio Molière y no uno de sus personajes.

[15.1] «Je suis la putain de la République [Française]» y

[15.2] «La République [Française] est une putain».

Es más, esta ambigüedad intencionada se puede observar muy a menudo en las conversaciones de todos los días, especialmente en las coyunturas críticas de los giros conversacionales. Y como tal se puede estudiar en el marco de lo que Edmund Leech llamó *pragmática interpersonal* o *retórica interpersonal*. En las conversaciones habituales también intentamos atraer la atención hacia nuestras preferencias y captar la atención de nuestros interlocutores. Queremos insistir, marcarnos un tanto, hacer reír a la gente, romper el hielo, dar un giro a la conversación, etc. Y, las más de las veces, pretendemos conseguir la supremacía conversacional. Ahora bien, se acepta comúnmente que, para que la conversación funcione de forma eficiente, deberíamos evitar la multiplicación de significados. Esto se apoya en la especificación griceana de la Máxima de Modo, según la cual debemos «ser claros» y, entre otras cosas, «evitar la ambigüedad». No obstante, podríamos contraargumentar manteniendo que hay otra Máxima de Modo opuesta, en función de la cual debemos «ser prolijos» y, por tanto, «disfrutar de la ambigüedad». Esta máxima podría conectarse con los dos principios pragmáticos de Leech: el *Principio de Interés*, que es parte de la retórica interpersonal, y el *Principio de Expresividad*, que es parte de la retórica textual.

De acuerdo con el *Principio de Interés*, preferimos una conversación que sea interesante, en el sentido de que sea impredecible o novedosa, a una que sea aburrida y predecible. Resumiendo, lo que nos ordena ese principio es «ser ingeniosos». Las conversaciones que consisten en meros intercambios de información son aburridas, mientras que las conversaciones que nos fuerzan a inferir más de lo que realmente hay en la superficie de las preferencias son en las que nos gusta ocuparnos, provocar y prolongar. Y ello porque el significado depende más de la información que la gente saca de una preferencia que de la información que hay ya en ella. Lo que cuenta es, pues, la profundidad semántica por un lado (la profundidad de las implicaturas conversacionales) y la explotación o creación ingeniosa de múltiples significados, por otro. A diferencia del Principio de Interés, el Principio de Expresividad «es más difuso y difícil de definir»⁸, aunque su papel sea inexcusable en la conversación. Aunque am-

8 «If the three principles of Processibility, Clarity, and Economy were the only pragmatic factors constraining the form of texts, language would be limited to efficient, but pedestrian transactions. With the Expressivity Principle we are concerned with effectiveness in a broad sense which includes expressive and aesthetic aspects of communication, rather than simply with efficiency» (Leech 1983, p. 68).

bos son solidarios, pudiéndose resumir los dos en la máxima «Sé expresivo si quieres resultar interesante».

Por nuestra parte, mantenemos que los usos de la polisemia están gobernados por una Máxima (Subjetiva) de Modo que ordena «ser prolijos» para atraer la atención y, en consecuencia, no evitar la ambigüedad. Esta máxima conlleva dos principios pragmáticos generales: «Haz tu conversación tan interesante/ingeniosa/sorprendente como sea posible» y «Haz tu proferencia/texto tan expresivos como sea posible, pero que siga siendo accesible». Como Giora estableció en su trabajo de 1991 (p. 471), los chistes basados en la ambigüedad/polisemia semántica sólo funcionan si el chiste termina con un significado lo más distante posible del esperado, aunque todavía accesible. Este principio de «informatividad señalada» estaría regido por la máxima griceana de relevancia.

Pero ¿cuáles son las funciones específicas de los usos de la polisemia guiados por estas máximas y principios pragmáticos? Aquí se pueden distinguir tres funciones generalísimas y un montón de otras más específicas. Las tres funciones generales serían: 1, *inyectar* el lenguaje usadero de *subjetividad*, tema que ha sido, durante bastante tiempo, el centro de la tradición pragmática francesa, la teoría de la enunciación (ver Benveniste 1971) y que en la actualidad subyace a los trabajos de gramaticalización; 2, *readecuar* conjuntamente el lenguaje usadero como compartido, como un sistema intersubjetivo para la expresión de significados y como un resultado de estos procesos; y 3, *remotivar* el lenguaje usadero de tal manera que podamos seguir usándolo en el futuro para nuevos propósitos comunicativos (ver Nerlich & Clarke 1988).

Un modo de conseguir esta readecuación subjetiva e intersubjetiva y este rejuvenecimiento del lenguaje es mediante el establecimiento de significados múltiples, lo que se consigue con los usos translaticios del lenguaje. Las funciones sociales de estos usos del lenguaje varían, pues, por ejemplo, la ironía puede funcionar como una forma cortés de negación (Giora *et al.* 1998), como una forma cortés de crítica o como una forma suave de elogio (Dews y Winner 1997).

El uso de metáforas produce cambios en los sistemas conceptuales y de creencias de los interlocutores, pero también estabiliza los sistemas conceptuales en que están incrustadas las «metáforas de la vida cotidiana» (Lakoff y Johnson 1980; y Chamizo 1998). No obstante, el uso metafórico del lenguaje no tiene solamente esa función cognitiva. Ted Cohen (1979) considera la función social de la conversación metafórica como presupuesto y refuerzo de la «intimidad» entre hablante y oyente (ver Chamizo 1998, pp. 6770). Otros han llamado la atención sobre un papel similar, el papel de lazo, cuando se bromea (ver Boxer y Cortés-Conde 1997). Nosotros, por nuestra parte, mantenemos que la creación de intimidad y lazos sociales es la función social del habla polisémica en general, como Charlotte Brontë describió magistralmente en su novela *Villette* (1853): «Each liked the way in which the other talked; the voice,

the diction, the expression pleased; each keenly relished the flavour of the other's wit; they met each other's meaning with strange quickness, their thoughts often matched, like carefully chosen pearls».

La frecuencia con que esta ambigüedad intencionada se da en el lenguaje está en función de los *factores sociales* que estructuran la acción lingüística en general. Los sociolingüistas han estudiado estos factores bajo dos rótulos: factores preverbales y factores interaccionales. El cómo interaccionamos en una conversación se determina, por una parte, por factores tales como nuestra edad, sexo, origen geográfico o estatus socioeconómico; y, por otra parte, por el propósito de la conversación, el ámbito del discurso (o el tema del discurso), el medio y modo (si es hablado o escrito, espontáneo o no espontáneo, escrito para leerse como si no hubiese sido escrito, etc.), el género literario y el registro (el grado de formalidad o informalidad)⁹. En las conversaciones reales es más común la ambigüedad intencionada en la interacción entre amigos o miembros de la familia, pues los interlocutores deben tener también un estatus igual y un acceso al conocimiento compartido por todos ellos, sin los cuales la comunicación puede resultar fallida.

VII. SITUACIONES, DESENCADENADORES, TRAMPAS SEMÁNTICAS Y MALENTENDIDOS

La explotación de las palabras polisémicas es el camino «más fácil» para llamar la atención sobre la contribución a la conversación. Victor Raskin ha estudiado, en un libro sobre el lenguaje del humor, la interacción entre ciertos *desencadenadores* lingüísticos y sus *marcos*. Especifica que no siempre es necesario introducir un término bifronte en el flujo de la conversación para conseguir ciertos fines, basta con explotar inocentemente términos disponibles, algunos de los cuales sirven como desencadenadores casi irresistibles para un bromista experto: «The presence of an *obvious trigger* in the situation starts perhaps more jokes than anything else. The popularity, accessibility and frequency of the simple puns can be explained by this factor. For many speakers, the mere exposure to a homonymous or polysemous word or phrase constitutes an irresistible temptation to make a joke. If the hostess at a dinner party mentions breasts or legs distributing the chicken, compulsive punners may be a menace and an embarrassment, and the attempt to avoid this situation by using such euphemisms

9 Considérese, a este respecto, el siguiente texto de Ortega: «Yo hablaba a Juan, contando con Juan y contando con que Juan sabe quién le habla, y he aquí que, de pronto, me escamotean a Juan y me encuentro *diciendo lo mismo* a Pedro, con el que yo apenas contaba y del que estoy seguro que no me conoce. He aquí anulado mi propósito: heme aquí en la situación que más detesto: 'No se sabe quién' hablando a 'no se sabe quién'. Estamos en plena abstracción.» (Ortega 1958, VIII, pp. 18-19).

as *dark meat* and *light meat* may provoke a reference to the blondes and brunettes in the company or at least to the time of day.» (Raskin 1985, p. 141).

Los mejores juegos de palabras de esta clase se producen cuando el hablante descubre un desencadenador potencial y un marco ya predispuesto; aunque hay ciertas palabras que casi inevitablemente sirven como desencadenadores sin que los hablantes tengan en cuenta ninguna oportunidad situacional o funcional¹⁰, como en el chiste sobre un catedrático de medicina examinando a una alumna:

[16] «What organ has the capacity of increasing in size three times?» The girl blushes and giggles, «Hee-hee!» «Don't be stupid!» shouts the professor angrily. «It's the lungs. And the «hee-hee» can only get twice the size.» (Citado por Raskin 1985, p. 151).

En este chiste podemos ver funcionando una trampa semántica, exactamente como en el ejemplo [2] cuando Brigitte propuso inadvertidamente desnudarse. De hecho, algunas palabras y frases tienen sentidos sexuales tan marcados que es casi imposible usarlas con su sentido literal. Y muchos de los malentendidos que surgen de la polisemia se apoyan en la ambigüedad referencial, como ilustra la anécdota que le sucedió a Brigitte cuando quiso comprar una calabaza para *Halloween*. Como quiera que estaba mirando una calabaza mediana, otra señora le dijo: «Son ocho libras». «¡Caramba!», dijo Brigitte, «no recuerdo que fuesen tan caras el año pasado». «No», le respondió la otra parroquiana, «quiero decir que *pesa* ocho libras».

VIII. CONCLUSIÓN

Creemos que, en este trabajo, hemos mostrado que la función pragmática de la explicitación y explotación de significados múltiples en el habla cotidiana es la de llamar la atención sobre nuestras preferencias y encajarlas en el desarrollo de la conversación. Fruto de ello es el que los interlocutores mantengan vivos los significados, adapten los vínculos semánticos entre los significados diversos y cimienten los lazos sociales entre ellos mismos. Nuestra habilidad para hacer malabarismos con significados múltiples debería ser considerada como perteneciente a lo que Helmuth Feilke ha llamado recientemente «competen-

¹⁰ Por esta razón Cicerón (*Orator*, XLVI, 154) puntualizaba lo siguiente: «Quid, illud non olet unde sit, quod dicitur 'cum illis', 'cum' autem 'nobis' non dicitur, sed 'nobiscum'? quia si ita diceretur, obscaenius concurrent litterae, ut etiam modo, nisi 'autem' interposuissem, concurrissent. Ex eo est 'mecum' et 'tecum', non 'cum me' et 'cum te', ut esse simile illis 'nobiscum' atque 'vobiscum'».

cia del sentido común» o «competencia contextualizadora» (Feilke, 1994). El lenguaje se usa para colmar el contexto, no al revés.

REFERENCIAS

- AUSTIN, J. L., 1962: *How to Do Things with Words*. Ed. de J. O. Urmson y M. Sbisà. Oxford: Oxford University Press.
- BACH, K., 1998: «Ambiguity», en *Routledge Encyclopedia of Philosophy*. Editor general: E. Craig, vol. 1, pp. 197b-201a. London: Routledge.
- BENVENISTE, É., 1971: *Problemas de lingüística general*. Trad. de L. Almela, México: Siglo XXI.
- BOXER, D. y CORTÉS-CONDE, F., 1997: «From bonding to biting: Conversational joking and identity display», *Journal of Pragmatics*, 27, pp. 275-294.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, P. J., 1995: «Eufemismo y redes conceptuales I», en C. Martín Vide, (ed.), *Actas del XI Congreso de Lenguajes Naturales y Lenguajes Formales*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, pp. 205-219.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, P. J., 1998: *Metáfora y conocimiento*. Málaga: Anejos de Analecta Malacitana.
- CLARK, E. V., 1993: *The lexicon in acquisition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- COHEN, T., 1979: «Metaphor and the cultivation of intimacy», en S. Sacks, (ed.), *On Metaphor*. Chicago: University of Chicago Press.
- COOPER, D. E., 1986: *Metaphor*. Oxford: Blackwell.
- DEWS, S. y WINNER, E., 1997: «Attributing meaning to deliberately false utterances: The case of irony», en C. Mandell y A. McCabe, (eds.), *The problem of meaning. Behavioral and cognitive perspectives*, pp. 377-414. Amsterdam: Elsevier.
- FEILKE, H., 1994: *Common sense - Kompetenz. Überlegungen zu einer Theorie «sympatischen» und «natürlichen» Meinens und Verstehens*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- GIORA, R., 1991: «On the cognitive aspects of the joke», *Journal of Pragmatics*, 16, pp. 465-486.
- GIORA, R., 1997a: «Understanding figurative and literal language: The graded salience hypothesis», *Cognitive Linguistics*, 7/1, pp. 183-206.
- GIORA, R., 1997b: «Discourse coherence and theory of relevance: Stumbling blocks in search of a unified theory», *Journal of Pragmatics*, 27, pp. 17-34.
- GIORA, R., 1998: «When is relevance? On the role of salience in utterance interpretation», *Revista alicantina de estudios ingleses*, 11, pp. 85-94.
- GIORA, R., en prensa: «Irony in conversation: salience and context effects», en Nerlich *et al.*, en prensa.
- GIORA, R., FEIN, O., y SCHWARZ, T., 1998: «Irony: Graded salience and indirect negation», *Metaphor and Symbol*, 13, pp. 83-101.
- GIORA, R., y FEIN, O., en prensa. «Irony: Context and salience», en Nerlich *et al.*, en prensa.
- GRICE, H. P., 1975: «Logic and conversation», en *Studies in the way of words*. Cambridge, MA: Harvard U. P., 1989.

- KITTAY, E. F., 1987: *Metaphor. Its cognitive force and linguistic structure*. Oxford: Clarendon Press.
- LAKOFF, G. y JOHNSON, M., 1980. *Metaphors we live by*. Chicago: Chicago University Press.
- LEE, C. J., 1990: «Some hypotheses concerning the evolution of polysemous words», *Journal of Psycholinguistic Research*, 19, pp. 211-219.
- LEECH, G. N., 1983: *Principles of pragmatics*. London: Longman.
- LEHRER, A., 1990: «Polysemy, conventionality and the structure of the lexicon», *Cognitive linguistics*, 1, pp. 207-246.
- LEVINSON, S. C., 1983: *Pragmatics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MCGHEE, P. E., 1979: *Humor: Its origin and development*. San Francisco: Freeman.
- MEY, J. L., 1993: *Pragmatics. An introduction*. Oxford: Blackwell.
- NERLICH, B., y CLARKE, D. D., 1988: «A dynamic model of semantic change», *Journal of Literary Semantics*, 17/2, pp. 73-90.
- NERLICH, B., TODD, Z., y CLARKE, D. D., 1998: «The function of polysemous jokes and riddles in lexical development», *Cahiers de Psychologie Cognitive. Current Psychology of Cognition*, 17/2, pp. 343-366.
- NERLICH, B., HERMAN, V., TODD, Z. y CLARKE, D. D., (eds.), en prensa: *Polysemy: Patterns of meaning in mind and language*. Amsterdam/Philadelphia: Benjamins.
- ORTEGA Y GASSET, J., 1958: «Prólogo para alemanes», en *Obras Completas*, vol. VIII, Madrid: Revista de Occidente, 1983.
- PAULHAN, F., 1886: «Le langage intérieur et la pensée», *Revue Philosophique*, 21, pp. 26-58.
- PAULHAN, F., 1927: «La double fonction du langage», *Revue Philosophique*, 104, pp. 22-73.
- POWELL, M. J., 1992: «Folk theories of meaning and principles of conventionality: Encoding literal attitudes via stance adverbs», en A. Lehrer y E. F. Kittay, (eds.), *Frames, fields and contrasts*, pp. 333-354, Hillsdale: Lawrence Erlbaum.
- PUSTEJOVSKY, J., 1995: *The generative lexicon*. Cambridge-Londres: The MIT Press.
- RASKIN, V., 1985: *Semantic mechanisms of humor*. Dordrecht: Reidel.
- SPERBER, D., y WILSON, D., 1986: *Relevance*. Oxford: Basil Blackwell.
- STEWART, D., 1810: *Philosophical essays*. Edinburgh: Creech.
- SWEETSER, E., 1990: *From etymology to pragmatics: Metaphorical and cultural aspects of semantic structure*. Cambridge: Cambridge University Press.

Brigitte Nerlich es profesora del Departamento de Psicología de la Universidad de Nottingham. Es autora de *Language, action, and context. The early history of pragmatics, 1780-1930* (Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 1996); y *Polysemy: Patterns of meaning in mind and language* (Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, en prensa), así como de diversos artículos relacionados con la metáfora, la metonimia y temas análogos.

Dirección postal: School of Psychology, University Park, University of Nottingham, Nottingham NG7 2RD, Gran Bretaña.

E-mail: bn@psychology.nottingham.ac.uk

Pedro J. Chamizo Domínguez es profesor titular de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Málaga. Es autor de *Metáfora y conocimiento* (Málaga: Anejos de Analecta Malacitana, 1998) y *Conceptual Networks of English Bawdy Euphemisms and Dysphemisms* (en prensa), así como de diversos trabajos sobre teoría de la traducción y significados no literales.

Dirección postal: Departamento de Filosofía, Campus de Teatinos, Universidad de Málaga, E-29071-Málaga, España.

E-mail: pjchd@uma.es